



5

C r i s o p e y a

Revista de Arte y Literatura

N.º 5, año I, noviembre 13/20.

ISSN: 2711-4147 (En línea)



Ovulación del sueño 161
Abraham Fidel Ortiz Lugo
Acrílico sobre cartulina
29,7 x 42 cm.

Crisopeya

Revista de Arte y Literatura

ISSN: 2711-4147 (en línea)

N.º 5, año I, noviembre 13/20

Medellín, Colombia

Noviembre de 2020

Revista mensual

En línea

Director-Editor

Camilo Franco Muñoz

Comité Editorial

Yurany Duque Duque

Camilo Franco Muñoz

Andrea Mejía Quintero

Sebastián Orduz Cortés

Sergio Andrés Pérez Loaiza

Rebeca Rendón Cadavid

Maritza Alejandra Restrepo Fernández

Juan Miguel Tobón Rendón

©Abraham Fidel Ortiz Lugo, por la portada.

Diagramación: Camilo Franco Muñoz, Andrea Mejía Quintero, Rebeca Rendón Cadavid.

©de los textos y las ilustraciones: cada autor y artista es propietario intelectual de su obra y, claramente, dueño de sus derechos de autor.

©Revista Crisopeya, por la presente edición.

Depósito legal: 13 de noviembre de 2020, Biblioteca Nacional de Colombia.

Código Depósito Digital: DD-003125.

Contenido

Crisopeya

Editorial Yurany Duque	9 - 11
Retrospectiva a mi alma Bárbara Escobar Martínez	12
El perrito ciego Juan Corredoira	13-18
Vueltas Nicolás Lepka	19
Naufragio Katia Chávez Diaz	20
Encuentros Nicolás Lepka	21
El desagüe Enrique Girona	22
Descubrimientos Juan Carlos Luzardo Morales	23
Aterrizaje y despegue de las plantas Mauricio López	24-33
Enredaderas Nicolás Lepka	34

Mejor solo Franklin Carrillo Álvarez	35
Colores Alberto Arecchi	36-38
Falda Bailarina Seijo	39-40
Météo Camilo Franco Muñoz	41
Lugares Nicolás Lepka	42
La curva Héctor Daniel Olivera Campos	43-44
Un sueño de verano Luz Adriana Cifuentes	45-48
Sistemas de protección Jonathann Hadher Lozada Avila	49
Pensão Amor Alhelí	50-51
Estrellas Nicolás Lepka	52
El amante de su novia Daniel de Culla	53
Ausencias Juan Carlos Luzardo Morales	54

Patio interior Alhelí	55
Susurros marítimos Isabel Lobato Jiménez	56
Estrellas Nicolás Lepka	57
Mensajes Katia Chávez Diaz	58
 Cefeida	
Esplendor en un tablero Magín	61-64
Clima (Traducción de <i>Météo</i> de Camilo Franco) Rebeca Rendón Cadavid	65
 Amalgama	
Fe de erratas Comité Editorial Crisopeya	66

**Nemo legit,
hic et nunc**

EDITORIAL N.º 5

Todo aquello que implique inmediatez es bienvenido en la generación de las tendencias de media hora. Las modas raudas arrasaron con la posibilidad de crear una identidad perenne. Cualquier atisbo de estabilidad es una manifestación de inconsciencia ante una sociedad líquida que genera mil caminos para su aspersion y que, con su corriente de fruslerías modernas, arrasa con todo lo que quiera echar raíz.

Este nuevo estilo de vida nos obligó a adoptar un concepto que aplasta cualquier posibilidad de fracaso (o eso es lo que nos venden): el de reinención. Con este término, y la llegada del tsunami denominado *Mindfulness*, nuestra mente se vio en la penosa obligación de ocuparse las 24 horas del día y, contrario a lo que la disciplina *per se* teoriza, no estamos tranquilos, ni relajados, ni tenemos claridad mental en ningún momento. La hiperproductividad es la nueva regla.



Tenía razón Zygmunt Bauman al decir que la única certeza que tenemos es la incertidumbre. Cavernas y cabinas, juego de sombras y luces que se confunden entre la realidad. ¿Nunca se han sentido como Truman Burbank? Si la respuesta es no, entonces han estado haciendo bien la tarea.

Nos deleitamos ante las grandes obras, nos conmovemos ante los actos de magnanimidad, nos indignamos ante las injusticias, pero ¿cuánto nos duran todas esas emociones? ¿Dos, tres, diez horas? ¿Listo? Siguiendo.

Esta generación HP —Hiperproductiva, claramente— trajo consigo el chip de la diligencia programada. El estado puro de las cosas se reduce a la rapidez con la que puedan ejecutarse las labores.



Los rizomas abundan y las raíces están en peligro de extinción. Me pregunto si en realidad es tan malo querer ser raíz y no rizoma, si no hemos sobreinterpretado a Deleuze y ahora no sabemos cómo plantar los pies sobre la tierra y nos escudamos en la mentira que nos pone de insignia la megaproduktividad como única forma de realización personal.

Esta es una apología a la lentitud y al sosiego como bandera de lucha ante esta epidemia tan HP. La invitación es a que se den un momento, respiren y disfruten de las siguientes páginas que están hechas para el deleite de todos los sentidos.

Yurany Duque,

2020.

Editora.





Retrospectiva a mi alma
Bárbara Escobar Martínez
Fotografía digital
5184 x 3456 px.

El perrito ciego

Juan Corredoira

Miraba al infinito cuando el autobús llegó a la parada. Me bajé un poco mareado y fui caminando hasta la cafetería en donde me esperaba mi abuelo, leyendo el periódico con sus grandes ojos azules, ahora faltos de pestañas por la edad.

—¡Capitán! —me llamó.

Le di un abrazo y me senté. La cafetería estaba al lado de su casa y todas las mañanas bajaba a tomar un café, leer el diario y hablar con la camarera y los otros parroquianos que estuvieran allí aquel día. Esa era su rutina. La camarera era joven y amable y la decoración del establecimiento parecía no haber cambiado en veinte o treinta años, lo cual me ponía nostálgico por algún motivo. Hablamos de mí, de cómo me iba, de qué estaba haciendo, de qué iba a hacer; ese tipo de cosas. Todo el rato yo pensaba en mi novia, —bueno, en mi ex—, contestando automáticamente a lo que él me preguntaba.



A mi abuelo nunca le hablé de mi novia. Tal vez siempre tuve la sospecha de que aquella relación podría acabarse en cualquier momento y por tanto no valía la pena hablarle de ella. Para lo poco que nos veíamos, era prioritario charlar de cosas más importantes, como lo que estaba estudiando, o si había encontrado ya trabajo. El amor por aquel entonces era algo demasiado pasajero como para malgastar nuestro tiempo hablando de él.

Me sabe mal decirlo, pero durante todo el tiempo que estuvimos mi abuelo y yo en aquella vieja cafetería no dejé de pensar en mi novia —bueno, en mi ex. Años más tarde me arrepentiría de mi actitud, no solo por esta vez, sino porque siempre que estábamos juntos no le prestaba la atención suficiente. Él siempre me regalaba su amor y cariño, su interés por mí, su calidez; yo, en cambio, permanecía impassible ante sus muestras de afecto. Era como si él fuese un fantasma tratando de comunicarse conmigo y yo, que no creo en esas cosas, no le pudiese oír.



Cuando me sirvieron el café (mi abuelo ya se había tomado uno, quién sabe hacía cuánto tiempo), entró por la puerta un señor que traía un carrito consigo. Fue al fondo de la cafetería y se sentó detrás de nosotros. Levantó la capucha del carro y un perrito —un chihuahua— se despertó en su interior, como si hubiera acabado de nacer.

—Abuelo, ¿y ese señor? —pregunté señalando.

A mi abuelo no le hizo falta girarse para saber de quién le hablaba.

—*Vén sempre* —me contestó en gallego.

—Pero, ¿y el perro?

—¡Ay!, es que el Chuchín está ciego —me dijo.

El perrito ciego olisqueaba, como para saber en qué lugar se hallaba. Me vino a la mente pensar en que una rutina diaria, como la de mi abuelo, le habría ayudado a ubicarse en el espacio. La camarera le llevó un café al señor y le dejó un cuenco de agua al perrito, que comenzó a beber en cuanto escuchó la dulce voz de la camarera hablándole: «Aquí tienes, rey».



Entonces llegaron dos amigos de mi abuelo, una pareja de señores no más allá de los 80 años.

—*¿Cómo vai?* Este es mi nieto —dijo levantándose levemente.

—No te levantes, hombre —dijo la mujer.

—Hola, ¿qué tal? —me dijo el hombre, dándome la mano.

Juntamos una mesa que estaba al lado a la nuestra y se sentaron con nosotros. Me preguntaron por mí, que qué hacía, si había ido a la universidad, si tenía novia; lo típico. Al cabo de un rato, los tres empezaron a hablar de sus cosas y yo saqué el móvil. Levanté la vista para mirar al perrito ciego. Había terminado ya de beber y estaba de pie, observándome.

Dos meses después volví a ver a mi abuelo. Excusaba en mi mente el haber tardado tanto en visitarlo, porque había estado trabajando mucho, cuando en realidad la cantidad de trabajo había sido la habitual, o incluso menor. Había vuelto a hablar con mi novia —mi ex—, pero las conversaciones eran frías e incómodas. Estábamos escribiendo un epílogo que nadie había pedido leer. Aparte de eso, mi vida seguía igual de monótona que siempre.



—¡Capitán! —me llamó cuando crucé la puerta de la cafetería.

Volvimos a hablar de lo mismo de siempre; que si el trabajo, que si sigo viendo a mis amigos, que si esto, que si aquello. Él acababa de cumplir 94 años; yo había olvidado felicitarle el día de su cumpleaños. Aun así, le alegró que lo hiciese en ese momento y me agarró del brazo cariñosamente.

La camarera vino a preguntarme qué quería. Le pedí un cortado y mi abuelo, que ya había tomado café, pidió un vaso de agua. Me contó, con toda naturalidad, que estaba peor de las cataratas y que se estaba quedando ciego. Yo lo miré como si me hubiera dicho que esa tarde iba a llover. ¿De dónde salía toda esa indiferencia?, me pregunto ahora. ¿Es que acaso no me importaba? ¿o era tan inocente, como para pensar que mi abuelo era un ser invencible, que nunca se iba a morir?

Aquel día no vinieron los amigos de mi abuelo. Tampoco le presté toda la atención que se merecía; la balanza seguía estando desequilibrada. «A veces las lecciones de la vida llegan demasiado tarde», me digo para exculparme, aunque esto no sea posible.



Al cabo de un rato, apareció el señor del perrito ciego, pero esta vez no traía ningún carrito consigo. En su lugar, le acompañaba un cachorro de caniche, con un pelaje blanco rizado que iluminó la estancia.

El señor se sentó en el mismo lugar de siempre y la camarera repitió el ritual de traer un café para él y un cuenco de agua para el perro, con el que esta vez se detuvo un poco más de tiempo, —o eso me pareció.

—Abuelo, ¿qué pasó con el perrito ciego de ese señor?

—¡Ay!, se murió —dijo, girándose sobre su asiento para mirar al cachorro.

La camarera nos trajo lo que habíamos pedido y mi abuelo dio un trago al vaso de agua. Se volvió a girar y miró al caniche con una sonrisa.

—¿*Non* é una monada?

Me quedé callado, pensando. El perrito ciego había muerto y mi abuelo se estaba quedando ciego. Mientras tanto, el cachorrito miraba a su alrededor con ojos curiosos, como si tratara de capturar toda la luz del mundo en sus pequeños ojos negros.





Una vez más, tras vueltas y vueltas.
La vista vuelve a su lugar y el sonido descansa en su hogar.

Vueltas
Nicolás Lepka
Digital – Medibang
1000 x 1100 px.

Naufragio

Katia Chávez Díaz

El mar que palpita
tantea una esperanza
en aquella roca.
Esconde recuerdos
sobre naufragios
para sobrevivir
de aquel último pensamiento.
Mendiga gratitud
y ahoga
otros suspiros
que duelen.





Encuentros
Nicolás Lepka
Digital – Medibang
1100 x 1100 px.

El desagüe

Enrique Girona

La historia del divorciado que, recién levantado una mañana, fue al baño para lavarse la cara, con tan mala suerte que el lavabo parecía haberse embozado.

El desgredado hombre agarró un desatascador, se arremangó el brazo derecho y comenzó a agitar el desagüe con dedicación. Primero, salieron cientos de pelitos negros que reconoció enseguida. Perteneían a su espesa barba, de aquella mañana nupcial en la que había madrugado para afeitarse la soltería. Luego, comenzaron a emerger unos trozos de carne podrida de aquella última cena de Navidad en la que su ex-mujer le había preparado su empanada de carne favorita, pese a que ella era vegetariana. El hombre continuó bombeando con furia la tubería, hasta que empezó a salpicar una mucosidad negruzca que desprendía un tufo desagradable. Eran los recuerdos de aquel primer crío que, en una noche de insomnio, le manchó las manos con la responsabilidad de haberse convertido en padre.

Cuando el desagüe no tuvo más que decir, se tragó todo en un remolino de recuerdos y se despidió con un acuoso eructo.





J. C. Luzardo

Descubrimientos
Juan Carlos Luzardo Morales
Fotografía digital
5871 x 3296 px.

Aterrizaje y despegue de las plantas

Mauricio López

*—Madrid es donde empiezas a comprender. Madrid está
matando a España.*

—Si sencillamente te recibieran y te dijeran que no.

*—No. Tienes que acabar arruinado y exhausto de tanto
esperar.*

—Bueno, ya veremos. Puedo esperar tanto como cualquier otro.

Ernest Hemingway.

—¿Estudias piloto?

—Así es, sencillamente eso, sin más.

—Mis filósofos favoritos realizaron estudios de aeronáutica. Una vez presencié cómo un hombre dedicado a la aviación enloqueció por pasar forzosamente muchos días en tierra.

—Nos pasa a todos los que pasamos mucho tiempo en el aire. Por algo dejé la carrera de leyes. No quería ser gobernada por lo que sea que nos rija acá abajo de los cielos. ¿Me decías que viviste un tiempo en Barcelona?

—Así es, solamente un año y poco más, por mis estudios de posgrado.



—Yo también viví allí durante cinco años. Mi catalán sigue estando intacto, ¿el tuyo lo conservas?

—Muy poco. Todavía sé preguntar «¿qué deseas?» en ese idioma. Nunca avancé demasiado.

—Veo... lo tuyo no es hablar, definitivamente.

Mira, esta cafetera la he comprado recientemente y la he dispuesto para que la usemos conjuntamente. Asimismo, cualquier cosa en la que pueda colaborararte, aquí estoy.

Corrían los primeros meses del año y no estaba mal contar con una buena cafetera para pasar esos meses comúnmente fríos y ventosos. Apenas habíamos intercambiado un par de miradas entre nosotros. No habíamos tenido una presentación formal — como con las otras chicas— y fue ella quien tuvo la voluntad de abordar la conversación aquella mañana en la cocina e intercambiar mínimamente un saludo y nuestros nombres. Nuestra siguiente conversación transcurrió un mes después y coincidió con la llegada de la Semana Santa y la subsiguiente desaparición de quienes habitaban el piso, salvo nosotros dos. Nos cruzamos en la cocina nuevamente y esta vez hablamos de la basura acumulada; me pidió que le ayudara a bajarla, pues sus brazos no le daban para cargar con todo eso. Asentí y le dije que podía tocar a mi puerta en unas horas y podríamos hacerlo.



Creí que eso iba a ser todo lo que íbamos a decirnos, pero, acto seguido, me preguntó si pensaba salir a alguna parte, como las demás. Negué con la cabeza. Hizo un gesto de alivio, llevándose las manos al pecho, y me dijo «menos mal», pues le daba escalofríos quedarse sola.

—No solamente es que sea grande y oscuro este piso, sino que este es un edificio situado en un barrio donde viven muchos militares retirados, tipos que ejercieron sus labores durante el franquismo, sabes.

Recibí con agrado ese gesto de confianza y nos despedimos para seguir cada uno en sus cosas, decidí hacer el trabajo de la basura por mi cuenta y bajé por las escaleras acompañado de cuatro grandes bolsas llenas de desechos y material de reciclaje. Cuando volví a entrar en mi habitación, continué con el libro de cuentos que estaba leyendo. Aún me quedaban más de trescientas páginas por delante y con esas historias me evadía de pensar en lo que estuviese haciendo la chica al otro lado del muro. A nuestras habitaciones escasamente las separaba una pared y esto nos permitía descubrir diferentes matices de la identidad de cada uno. A ella le gustaba la música africana con cánticos fuertes y hermosos y tambores *djembe* restallando al unísono. Ella era alta, de ojos claros y sonrientes.



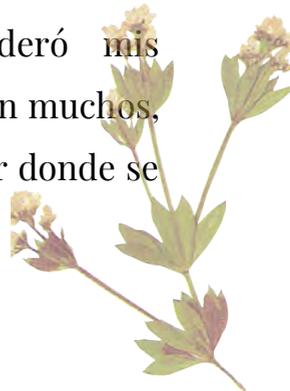
Tenía el cabello rubio y piernas largas, lo cual generaba cierta curiosidad de pensar si podría bailar al ritmo de esas melodías. La cercanía del lugar de donde provenía con el continente africano, hacía pensar que era casi una certeza que podía mover su cuerpo al ritmo de esos tambores. A mí me gustaba la rutina de tocar a diario pequeños instrumentos de cuerda y madera. Esta transparencia musical a través de las paredes, al parecer, no interrumpía las rutinas de uno u otro. No obstante, no era lo único que escuchábamos y a veces se hacía inevitable sentir curiosidad por lo que ocurría del otro lado de las paredes.

A mí de seguro me habría escuchado en alguna ocasión, despotricando sobre cualquier cosa o bostezando por el frío y el sueño acumulados. En dos ocasiones me levanté sobresaltado, a la una o dos de la mañana, por lo que ocurría al otro lado de la pared. En realidad todo parecía que estuviese ocurriendo en la habitación donde yo dormía. La primera vez fueron las lágrimas,, quejas que ella daba a alguien más por teléfono acerca de los ruidos que se escuchaban al otro lado de la habitación. Sencillamente ya no podía aguantar más esos ronquidos. De manera abrupta, las quejas se centraban en una desavenencia sentimental. En la segunda ocasión, no fueron las quejas sino las liberaciones del instinto sexual entre ella y su pareja. Ambos producían sonidos más fuertes que los tambores *djembe* que ella disfrutaba oír.



El alboroto de las respiraciones entrecortadas, a puertas abiertas, era una cosa común en el apartamento; esto me lo darían a entender los demás habitantes del apartamento después, en una velada acompañada de vino Beronia y arroz a la martiniana. En la Semana Santa, sin embargo, no estaba ocurriendo nada parecido a lo que escuché en las dos noches que acabo de referir. Quizás se trataba de una pareja ligada estrechamente a alguna religión y respetaban algunas conmemoraciones que se daban a lo largo de esa semana, o simplemente él se encontraba volando. Estábamos solos y no nos escuchamos ni en lo más mínimo durante esos días, luego de la conversación en la cocina sobre las basuras. El vuelo de los relucientes y enormes pájaros negros que revoloteaban cerca a mi ventana y los fortísimos golpes del viento contra las persianas conformaron la atmósfera más ruidosa de esos días. Eran el acompañamiento desacompasado para culminar los cuentos completos del escritor caribeño, tantas veces postergados.

Cuando el apartamento recuperó su ritmo natural, con gente entrando y saliendo a cualquier hora, la encontré preocupada, junto a una de sus plantas, la que enfermaba más a menudo. Hablamos de fertilizantes y esta vez ella ponderó mis conocimientos sobre jardinería, los cuales tampoco eran muchos, pero eran más sobresalientes que en las otras áreas por donde se habían movido nuestras conversaciones.



Le dio una oportunidad a la botella que le ofrecí y, al cabo de unas semanas, la planta creció y floreció de manera asombrosa para ambos. Una mañana, al ducharme temprano y no dejar de toser a lo largo de casi todo el baño, me pregunté si no habría absorbido yo la enfermedad de la planta. No sé si ella se percató de mis problemas con las duchas españolas, que suelen causar en mi organismo unos ataques de tos bastante aparatosos, pero lo cierto es que cuando me topé con ella en toalla en el pasillo, por poco chocamos y eso dio lugar a otra de nuestras conversaciones fuera de ritmo.

—¿Sabes?, quería comentarte, desde hace tiempo, algo sobre las puertas en casa.

—Te escucho.

—La salud de las plantas también depende del aire que circula en casa y veo que la puerta de tu habitación casi siempre permanece cerrada, o por lo menos yo casi nunca la veo abierta. Como puedes ver, las demás chicas y yo dejamos siempre nuestras puertas abiertas salvo casos muy excepcionales. De manera que, si vives con nosotras, deberías seguir nuestras pautas.

La miré sin saber qué decir y solamente respondí: «Entiendo, abierta estará en adelante».



Esta vez, sus ojos, usualmente sonrientes, se contrajeron un poco para luego abrirse en toda su extensión y enfatizar las palabras que vendrían: «Lo que quiero decir es que queremos que estés cómodo. Dicho de otro modo, ¡no te rayes! ¿me entiendes?».

Esta vez solamente asentí con un gesto en los labios y ella dijo que eso era básicamente lo que quería comunicarme desde hacía días, que podía seguir a cambiarme, que no quería un empeoramiento de la tos por andar en toalla en el pasillo. Tras dicha conversación un tanto dispar, la puerta de mi habitación comenzó a sonar más a menudo. Era entendible, las plantas necesitaban de sol y mi habitación era la única que contaba con acceso directo al balcón. Cada una tenía plantas diferentes y todas ellas parecían ser muy buenas madres con estas. Aún así, las plantas no fueron las únicas razones por las que aumentaron las visitas en mi habitación. Algunas veces me pedían el balcón para sentarse a estudiar o para departir un poco entre ellas, o para enseñarme facetas artísticas desconocidas, las agrupaciones musicales de las que habían hecho parte en algún momento o a los grupos defensores del medio ambiente en los que aún colaboraban. Yo estaba allí, presenciando una de esas cosas que se dan una vez en la vida, la visita de un conjunto de mujeres de las que no sería muy difícil enamorarse.



Poco antes de las vacaciones de verano, quien llamó a la puerta fue la estudiante de aviación, que sostenía entre sus manos una planta de las que emanan aromas frutales. Me dijo que se iba de vacaciones con su pareja por unos diez días y que al ser mi habitación la única que tenía balcón, prefería dejarla conmigo. Accedí a cuidarla por aquel lapso de tiempo. Lo que ella y yo desconocíamos en ese momento de despedida provisional, era que yo también estaba por marcharme en unos días. Los pocos días que estuve con la planta, le puse música especial para jardines y le toqué algunas canciones que había aprendido durante los pocos meses que alcancé a vivir en esa habitación, en ese conjunto de edificios donde mayoritariamente vivían pensionados del ejército de la época franquista. El llamado que recibí me hizo desaparecer bruscamente del edificio en el que conviví con cinco mujeres jóvenes inquietas por las palabras, que dominaban diferentes lenguas y que juntas hacían un gulag o una orquesta de raíces africanas, latinoamericanas y europeas. Esto que he dicho hasta ahora ocurrió antes de la pandemia que sacudió al mundo en el 2020 y ni ellas ni yo suponíamos que nuestra convivencia sería tan corta, ni que los aviones que iban de continente a continente serían cosa de otra época, que cada una se iba a instalar en su respectivo país durante tantos meses y que



algunas de las cosas que llegamos a comentar en el balcón, que nos reunieron en algunas ocasiones en el apartamento que compartimos, nunca llegarían a realizarse. Cuando por azares del tiempo pude volver a caminar por una de las largas calles que llevan al Retiro y almorcé en el James Joyce Iris Pub lo de costumbre, una crema con crotones y un solomillo con patatas de segundo plato acompañado de una cerveza, pensé en lo poco que había leído a Joyce y en las consecuencias que podría traer eso. Al vernos descender y subir las escaleras que daban a los lavabos, fue como si un enorme gajo de palma hubiese caído sobre nosotros. Ambos nos vinimos abajo y para mi sorpresa estaba sola, igual que yo. Ella pudo terminar sus estudios y ahora vivía en un edificio cercano a donde estábamos, junto a su hermana menor. Me pidió que pasáramos un segundo por donde ella vivía, que necesitaba enseñarme algo. La esperé en la recepción del edificio. Allí estaba, entre sus manos, casi idéntica a cómo la dejé la última vez. Ella la sostenía como si sus dedos hubiesen recobrado fragmentos preciados del pasado, o como si de repente fuese posible sostener todo un pasado entre las manos. El tiempo no había pasado por su naturaleza y a nosotros los años encima se nos veían de lejos.



Caminamos hasta el Retiro con la planta y nos sentamos con ella en un lugar apartado del parque. Buscamos un espacio de tierra y prado donde pudiésemos divisar el edificio donde vivimos cuando ella era una estudiante de aviación y yo intentaba hacer algo en el mundo académico. Justo allí nos plantamos para hacer el trabajo de sembrarla en su nuevo hogar. La pregunta que venía de mi parte era errática e inevitable a partes iguales.

—¿Y qué va a ser de ella si no puedes aparecer de nuevo por este lado del Retiro?

—Alguien más cuidará de ella, la misma lluvia la mantendrá en pie. Lo importante es que siga mirando en dirección al lugar que compartimos contigo y las chicas.

—Ahora podemos volver al Joyce Iris Pub.

—A Joyce se vuelve cuando se ha roto un lenguaje, dice mi hermana. Y yo digo que a él se vuelve cuando se puede dejar un pedazo de vegetación a la deriva, cuando podemos sembrar una planta en un espacio que mira hacia nuestro pasado. Con otros ojos.



Fuimos,
raíces de algo más,
hogares de sueños
y flores de tantos días.

Fuimos enredaderas.



Enredaderas
Nicolás Lepka
Digital – Medibang
1000 x 1000 px.

Mejor solo...

Franklin Carrillo Álvarez

Mi abuela una vez me dijo: «date prisa, que te va a dejar el tren».
Me di prisa. Me equivoqué de tren.



Colores

Alberto Arecchi

La ciudad despertó, lentamente, con legañas en las ventanas. Sus habitantes tardaron un poco más en bajar de la cama y lo hicieron con la típica crisis de cerebro matutina. Todo parecía correctamente cotidiano y habría sido un día más, sin pena ni gloria, de no ser por el hecho que el cielo era de un raro color amarillo rosado. Ese día todos los colores se volvieron en sus colores complementarios. La gente tenía la piel cianótica. La hierba se había vuelto roja. Dos ratas se asomaban, con miedo, a verse la una a la otra con el manto casi fluorescente. Una abeja en rayas blancas y púrpuras volaba como enloquecida. El agua del arrozal reflejaba el cielo color de rompopé. Una rana roja como el fuego vio a un mosquito blanco como la nieve e, instintivamente, alargó su lengua y la capturó. El sabor era bueno, como el de un rico mosquito. Incluso la rana roja, sin embargo, le pareció como un rico bocado al cuervo blanco, que bajó a devorarla.



Nadia se despertó con un sobresalto. Un mes antes había pintado su habitación de color rosa y ahora aparecía verdosa, un poco amoratada, a la luz de la mañana. Se frotó los ojos, pero el efecto no cambió. Fue a la cocina a hacer café y encontró que todas las plantas se habían vuelto de color rojo. La cafetera estaba opaca, casi negra, mientras que el polvo de café aparecía azulado. El gato de la casa saltaba de un mueble a otro, en un medio ambiente que le parecía muy extraño, como una nave espacial. Entonces reconoció a su propio olor, en una esquina de la alfombra, y se calmó.

Comenzó a llover. Las gotas eran como pequeños diamantes brillantes, de múltiples facetas. Cuando golpeaban, dejaban su huella. Rompían las ventanas, horadaban las sombrillas y los techos de los coches. Parecía el fin del mundo.

Fue entonces cuando el río comenzó a colorearse. Después de tantas décadas de opresión y suciedades de todo tipo, derramadas en sus aguas, decidió tomar su venganza. Algunos filetes se convirtieron amarillos, luego rosados, luego rojos, mientras que otros optaron por la gama de verdes.



Las aguas borbollaban, como celebrando un carnaval de alegría y colores. Entonces todas las corrientes del río se mezclaron y tomaron un color azul, como la tinta de una pluma estilográfica.

Los pescadores se quedaron asombrados, y aún más se quedaron asombrados los peces. El río coloreado chocaba contra los pilares del puente viejo y todos iban a verlo. El agua dibujaba arabescos en la arena, como la escritura ágil de una mano experta. Los signos se convirtieron en palabras y esbozaron un mil, diez mil, cien mil veces la misma palabra, a lo largo del río:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!...

—¿Basta con la polución? ¿Basta con las guerras?

Cada uno interpretó la expresión a su antojo. Todo el mundo tenía algo por qué decir «¡Basta!» Y por lo tanto, todos estaban de acuerdo con el río.





Falda bailarina
Seijo
Carboncillo sobre papel
28 x 20 cm.



Météo

Camilo Franco Muñoz

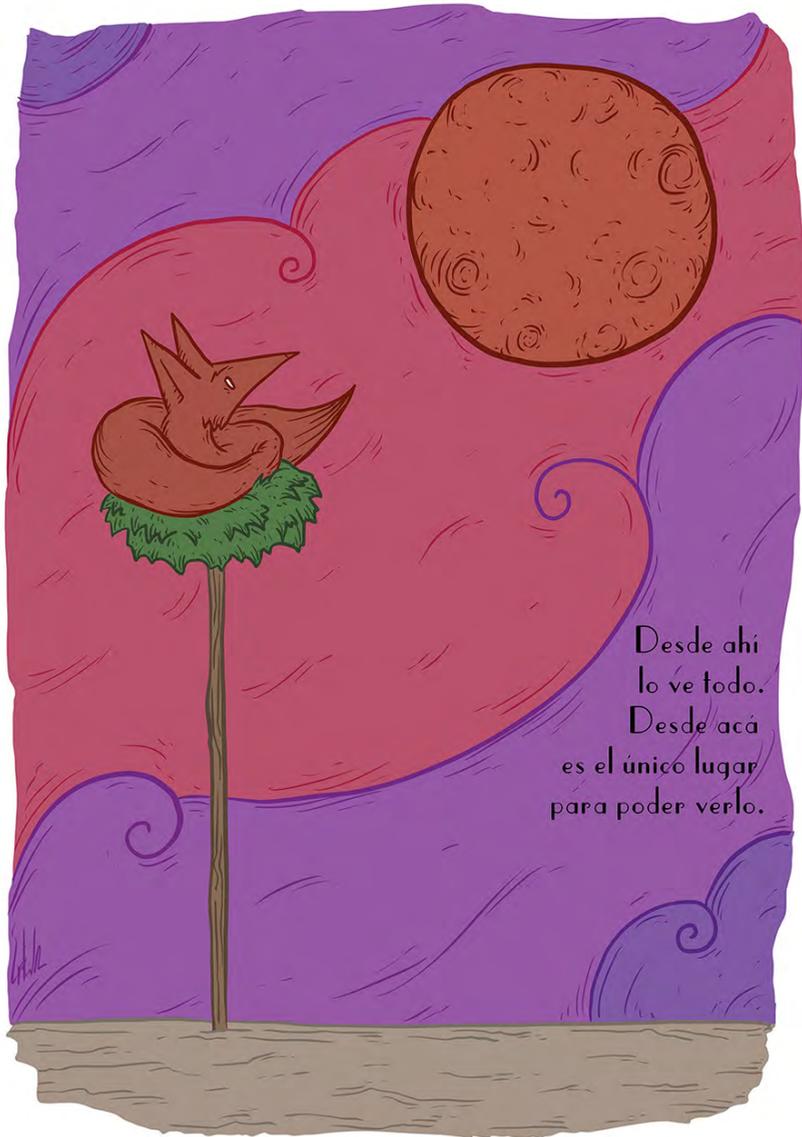
À N avec H.

Après la pluie,
cœurs orphelins sommes-nous ;
après vos chants, oiseaux éloignés,
nous ne serons que des cœurs
et vous, des orphelins.
Qu'est-ce que la pluie ?
Cette sensation là de danser en gouttes,
en sphères crépitantes,
de se brûler au ciel et
de pleurer des nuages silencieux.

Avant la pluie, moi : juste moi.
Moi, je suis cette tempête muette.
Et toi, tu étais mon moineau sourd.

CFM/ 18-10-2020.





Desde ahí
lo ve todo.
Desde acá
es el único lugar
para poder verlo.

Lugares
Nicolás Lepka
Digital – Medibang
1000 x 1300 px.

La curva

Héctor Daniel Olivera Campos

Sé que fue una imprudencia, pero recogí a aquella chica que hacía auto-stop; ¡la vi tan desamparada deambulando por la cuneta a mitad de la noche!

El aspecto de la mujer era inquietante, por no decir siniestro: cabellos largos y enredados, rostro demacrado de palidez cadavérica, ojos nebulosos hundidos en sus cuencas, labios agrietados y dientes amarillos. Por lo demás, se adivinaba una complexión huesuda bajo el vestido de una sola pieza, blanco, sucio y desgarrado. Me pidió que la llevara al pueblo al que «hacía mucho tiempo no regresaba».

No habló durante el trayecto. Arrellanada en el asiento del copiloto parecía una muerta en vida. Poco antes de llegar al pueblo una violenta agitación pareció poseerla.



–¡Aminora! –exclamó presa del pánico– ¡Reduce! Esa curva es peligrosa. En esa curva..., en esa curva... –Sus dedos flacos y huesudos temblaron en el aire señalando la curva cerrada que apenas se insinuaba en la noche sin luna.

–¡Ya! Ahora me dirás que en esa curva te mataste en un accidente –le respondí escéptico.

–No, tras esa curva suele agazaparse un coche camuflado de la Policía de Tráfico.

La multa que me cascaron también me mató del susto.



Un sueño de verano

Luz Adriana Cifuentes

Fue la tarde más calurosa del verano de 1997. La noticia de la desaparición de Hugo se esparció en el pueblo como humo de pebetero. Tras casi 4 días de búsqueda, la figura de Hugo se observó desde lejos, inmóvil, en el fondo de un cañón, lejos de cualquier risco que pudiera explicar su descenso. Era él, no había duda. Su escuálida figura sumada a su pantalón negro y su camisa azul clara de los viernes ayudaron a su identificación desde lejos. Mientras las unidades de salvamento del pueblo coordinaban el rescate, Simón, Carlos, Andrés y Pablo se miraban con desconcierto. ¿Qué pudo salir mal de lo planeado? ¿Qué ocurrió al final del viernes? ¿Dónde está Alicia? ¿Por qué Hugo está en ese hueco? ¿Dónde está Alicia...?



Hugo era auxiliar contable para una firma administradora de bodegas de almacenamiento de granos. Su estilo desgarrado, el tono de voz casi indeleble y su monocromática forma de vestir complementaban a la perfección el bostezado ambiente. Sin embargo, desde hacía varias semanas, la rutina de Hugo se avivaba al saludar a Alicia cada mañana. Divisarla desde la entrada, con la risa fácil de su boca pintada, era como descubrir la primera flor que aparece entre los restos de nieve enlodada, al resurgir la primavera.

Pese a que Alicia estuviera transformando la vida de Hugo, Hugo para Alicia era casi transparente. Como un tapete de entrada que se cruza diariamente, pero casi nunca se advierte. No obstante, Hugo había desarrollado una fuerza interior extraordinaria para intentar acercarse a Alicia varias veces, aunque la indolente apatía era siempre la respuesta. Era tan desalentador cada rechazo que Hugo sentía su renovado espíritu desinflarse como carpa de circo viejo.

El tiempo se agotaba para Hugo. Alicia estaría solo dos meses como pasante en la Oficina, antes de regresar a la Capital con su familia. Además, hace unos días, había decidido adelantar 4 días su regreso para celebrar su cumpleaños veintitrés en casa.



Hugo se animó de nuevo, esta vez la invitaría con la propuesta de mostrarle el lugar más especial del pueblo, antes de que se marchara.

Ese viernes de verano, el plan de Hugo para conquistar a Alicia era casi perfecto. Estaba calculado en cada gramo, en cada segundo, en cada litro de helio. Simón, Carlos, Andrés y Pablo conocían cada uno su libreto, convencidos de que ayudarían a Hugo a despertar de sus días desérticos.

Los 4 cómplices arribaron en el camión de Pablo por la zona trasera de la compraventa de autos. Hugo haría las veces de comprador interesado mientras sus secuaces vestidos de overol naranja para semejar ser empleados de la tienda, en un tiempo máximo calculado por Hugo de 4 minutos y 36 segundos, debían robar los 168 globos inflados con helio que adornaban cada auto, cada puerta, cada marco en la tienda. Cada compañero debía sujetar 42 globos, ni uno más, para permitirse el movimiento. 168 globos serían suficientes para sostenerse por algunos segundos en el aire abrazado al liviano cuerpo de Alicia, como su regalo de conquista. Luego Hugo reventaría uno a uno cada globo para descender lentamente con Alicia entre sus brazos y ofrecerle su sincera intención de admiración y afecto.



Alicia no se resistiría a semejante imagen. La había escuchado confesarle varias veces a una amiga en la oficina sobre el hombre de sus sueños: «Solo aquel que me sorprenda, que me haga suspenderme en el aire y bailar con el viento», decía.

En los 57 días desde que Alicia asistía como pasante, Hugo había logrado conocer cada detalle de ella. El menú de sus comidas, sus gustos de vestir, el libro que leía, el número de pasos de camino hasta su casa, la lista de canciones que escuchaba, el directorio completo de contactos en su teléfono, las fotos de sus últimas vacaciones, el saldo de sus tarjetas de crédito, su talla de sostén, el número de calzado, su peso y estatura.

Ese viernes al atardecer, la policía encontró el camión de Pablo al final del sendero del mirador del río. Las puertas de la carrocería abiertas, pero vacío. En la cabina, un maletín ejecutivo que Pablo identificó como el maletín de Hugo y adentro... 5 memorias USB, unos recibos de comidas, unas pantimedias de mujer rotas, una cadenita oro muy delgada, reventada, y 85 fotos. En todas las fotos estaba Alicia.

Cuatro días después, en el rescate, al levantar el cuerpo de Hugo, encontraron el de Alicia.





Sistemas de protección
Jonathann Hadher Lozada Avila
Grafito sobre papel
10 x 15 cm.

Pensão Amor

Alhelí

Se están quejando los cristales
con un silbido lastimero,
en medio del fulgor de la tormenta,
en medio de la fuerza iracunda del más allá.

El suelo inquieto crepita
y se esparce por todas partes,
como un mosaico homogéneo e inconcluso,
destartalado.

Pero por encima de todo,
inundando la estancia,
el polvo.
Como una manta rígida,
rancia en sus gestos y formas endebles.

Esta habitación
ortográficamente incorrecta,
oscura y cegadora,
pero sobre todo,
fría.



Los cuerpos en la cama,
salpicados por un brillo lejano,
abandonados por la rutina,
poblados de ausencias.

Dos cuerpos,
de espaldas,
ocupados en su soledad compartida.

Esta habitación
de instrucciones rápidas
y dinero contado.

Dos cuerpos
de frente.
Dos cuerpos enfrentados.

En la cama, dos cuerpos;
en la cama: el beso.





Estrellas
Nicolás Lepka
Digital – Medibang
1000 x 1300 px.

El amante de su novia

Daniel de Culla

Bajo un sol dorado
de esos de atardecer
allí arribita, arribita
allí arribita en el Cotarro
de Moradillo de Roa
junto a la bodega de Rita
un novio y su novia
tuvieron una aventura.
Yo que les vi pasar
llenos de alegría
escuché un grito profundo
de esos de Amor amar
y a la novia, con tristeza
decirle a su novio:
«Tú te vas y yo me quedo
yo me quedo y tú te vas».
Junto al altar de los novios
se apareció una higuera
llenita de frutos
y un rosal que decía:
«Aquí la novia ha perdido
la honra y la vida
como le pasó a su mamá».





Ausencias
Juan Carlos Luzardo Morales
Fotografía digital
4038 x 2682 px.

Patio interior

Alhelí

Junto a la quietud de la noche,
en medio del suave soplo de un susurro,
me he escondido
bajo las sábanas.

Hace algún tiempo que no encuentro las huellas
de los pasos que he dejado.

Y a mi lado solo se posan las motas de polvo
de otra habitación insomne y desahuciada.

Como entre cuatro paredes infinitas,
de proyección muda y alambres de paso.

Como cuando por las noches recuerdas
que tenías un propósito.



Susurros marítimos

Isabel Lobato Jiménez

La sirenita emergió del mar, era un buen momento, apenas había olas. Ahora tenía dos piernas. Su príncipe la esperaba en la playa. Nadó con entusiasmo hasta la orilla, pero cuando llegó no había nadie.

El príncipe la había esperado durante dos días, pero entonces le cayó un coco en la cabeza, todos sus recuerdos se borraron y, sintiéndose libre, marchó en busca de aventuras.

La sirenita, muy triste, contempló el mar que empezaba a agitarse. Decidió que buscaría un nuevo príncipe. Al menos esta vez podría abrirse de piernas.

El encuentro anterior había resultado realmente complicado.



Estrellas
Nicolás Lepka
Digital – Medibang
1000 x 1400 px.



Hoy nos sorprendimos acá
de nuevo

otra vez
y como todas las veces...

Mensaje

Katia Chávez Díaz

Somos polizontes
en el mar que descienda
hasta las entrañas de la tierra.
Sujetos a un mensaje
que esta existencia defina.
Diademas de papel
por la cual se encumbra el ego
o se esparza en el horizonte.



**Nemo legit,
hic et nunc**

Esplendor en un tablero

Magín

Gambito de reina

(*The Queen's Gambit*, Scott Frank, Allan Scott, 2020)

Las producciones que explotan el atractivo de los deportes casi siempre resultan muy divertidas y hasta adictivas. El espectador se identifica fácilmente con los competidores, tal y como lo hace en los eventos deportivos reales, pero con la ventaja de poder ver la trasescena del espectáculo. Y esto no por casualidad, ya que es sabido que el drama, el sufrimiento, las ilusiones, y toda la enorme carga emocional de los torneos de cualquier disciplina son solo la punta de una gran montaña submarina que no se ve ni en las pistas ni en las canchas. La rutina agobiante de los entrenamientos, los roces con los colegas y entrenadores, las críticas de amigos y familiares, los sacrificios personales de todo orden, y sobre todo el miedo constante al más que probable fracaso son el plato fuerte de las películas o series que retratan la vida de los deportistas. La competencia propiamente dicha viene a ser una especie de postre, aunque uno muy delicioso, por ejemplo en las peleas de *Toro salvaje* (*Raging Bull*, 1980) de Martin Scorsese.



En Gambito de reina, el ajedrez es presentado de forma glamorosa y dinámica, algo increíble si se tiene en cuenta que se trata de humildes piecitas de madera en un tablero. Un torneo de ajedrez es quizás el espectáculo deportivo menos llamativo, si nos atenemos al aspecto visual; y, sin embargo, la serie le da un aire casi de danza a las soporíferas partidas, lo que hace que el ignorante termine por interesarse en el juego. Pero también atrae el hecho de poner el foco en las diversas estrategias que preparan los jugadores para enfrentar a sus rivales, algo similar a lo que ocurre con el béisbol en la película *El juego de la fortuna* (*Moneyball*, Bennet Miller, 2011), donde los manejos de Brad Pitt, poniendo y quitando jugadores, de acuerdo a no sé qué método estadístico, nos hacían emocionar, aunque el juego pareciera tan esotérico como siempre.

Por tanto, la serie cumple muy bien como película de deportes, pues además no deja de lado la tragedia personal indispensable en los dramas atléticos, con un buen número de lecciones de vida. Pero hay otro aspecto en el que la serie, de nuevo, no toma riesgos, sino que actúa siguiendo una estrategia probada con éxito: el diseño de producción y la fotografía muy sofisticados. La estilización en la recreación del pasado sigue el camino que podría denominarse «procedimiento *Mad Men*». No importan las circunstancias de los personajes, que pueden ser



muy difíciles, pues siempre se ven impecables, como en un catálogo de moda muy bien producido. Lo mismo se puede decir de la arquitectura, los automóviles y todos los aparatos de la vida cotidiana. Es una fórmula que puede dar resultados diversos, aunque siempre genera atracción entre el público, pues el espectador se siente transportado a una época mucho más bonita que la grosera y vulgar en que vivimos. En parte tiene mucho sentido que así sea, ya que el pasado no existe, aunque sea reciente, y vive solo en nuestra imaginación. De ahí que una película ambientada en 1960 no sea menos fantasiosa que una que sucediera en el 2160, la diferencia es que el pasado tiene más referentes que limitan un tanto la imaginación. La recreación exagerada del pasado se ve sobre todo en la jugadora protagonista, una huérfana genial, a la que es imposible dejar de mirar, no solo por su belleza, sino por su siempre vistosa e impecable indumentaria.

Recientemente vi la adaptación británica de una de las novelas policiacas de Georges Simenon, protagonizada por el célebre comisario Maigret (*Maigret Sets a Trap*, 2016). El papel principal lo interpreta Rowan Atkinson (Mr. Bean). La película transcurre en Francia en los años cincuenta, y todo se ve limpio y reluciente, con la ropa que parece recién sacada de la tienda, y aun la miseria y la crueldad parecen impecables.



No digo que esté mal, en general, representar de modo lustroso el pasado, sobre todo cuando ha sido tan común en el cine de todos los tiempos, por ejemplo en el Hollywood dorado; pero, de todos modos, cansa un poco que todo lo que se vea sea hecho para deleite de los expertos en moda y admiradores del diseño. Nadie niega que un enfoque más realista no sería menos artificial. En el cine todo es mentira. Quizás el realismo sea lo menos real que existe, pero al menos es un cambio, y además permite ver otros aspectos de la vida, incompatibles con el boato y la pompa, menos vistosos, pero quizás más importantes. Hablando de adaptaciones de Simenon, existe una serie francesa producida entre los noventa y los dos mil que muestra las investigaciones del famoso comisario dejando ver la vulgaridad de la vida corriente, en París o en provincias (*Maigret*, con el actor francés Bruno Cremer en el papel principal). La ambientación realista se corresponde con el carácter pequeño burgués, incluso proletario, de las novelas, que suelen tratar de personajes relacionados con el hampa pobretona. En este caso el artificio realista sirve para entender el contexto de los personajes más allá de la intriga detectivesca.

La mugre no es adorno, es el suelo donde florece la trama, aunque no atraiga y encandile, como la piel de porcelana de los maravillosos seres del pasado que vemos en nuestras pobres y sucias pantallitas.



Clima

Camilo Franco Muñoz

Traducción

Rebeca Rendón Cadavid

A N con H.

Después de la lluvia,
somos nosotros corazones huérfanos;
después de sus cantos, pájaros lejanos,
no seremos más que corazones
y ustedes, huérfanos.

¿Qué es la lluvia?
Esta sensación de bailar en gotas,
en esferas crepitantes,
de quemarse en el cielo y
de llorar nubes silenciosas.

Antes de la lluvia, yo: solo yo.
Yo, yo soy esta tormenta muda.
Y tú, tú eras mi gorrión sordo.



AMALGAMA

Fe de erratas

En el número pasado, el cuarto, en la página 59, cometimos dos errores de digitación:

1. Con el nombre del autor de la amalgama «28 años de *Dirt*». Donde dice «Andrés Mejía C.» debe decir «Julián Andrés Mejía Cifuentes».

2. Donde dice «y la la magistral voz» debe decir «y la magistral VOZ».

Ofrecemos disculpas por los inconvenientes o molestias que esta errata pudiera haber causado.

Comité Editorial Crisopeya.





Sígannos en nuestras redes sociales para conocer más de la Revista y su quehacer cultural. Así como para saber detalles de este quinto número.



@crisopeya.arte



@crisopeya_arte



Crisopeya: revista de Arte y Literatura



@crisopeya-arteyliteratura



revistacrisopeya@gmail.com